

El peligroso encanto de ser periodista*

Los poderes de turno y los nuevos populismos de derecha y de izquierda nos quieren ubicar en el lugar de un oficio maldito. Y yo les digo:

¿qué mejor y más estimulante lugar que ése? No queremos ser un periodismo previsible, cristalizado, domesticado y gris, sino un oficio

maldito. Un oficio que es una verdadera maldición para los que mandan o para los que miran para otro lado

◆ Por Jorge Fernández Díaz



JORGE FERNÁNDEZ DÍAZ. “El periodismo está para descubrir, pero también para pensar”.

jo que la clave para sobrevivir era crear un club de lectores, una audiencia fiel a la que dirigirnos y a la que proveer información y novedad. Lo estamos haciendo, y algunos medios importantes ya han pasado la rompiente y logrado la estabilidad económica: la curiosidad es que se instaló en algunos periodistas la peligrosísima idea de que debemos complacer siempre y en todo momento a nuestro público. Y casi a cualquier precio. Eso lleva a pensar que, en el periodismo, el público –como el cliente- siempre tiene la razón. Y eso no es cierto. El cliente, en este negocio de la verdad, no siempre tiene la razón. Y ese malentendido acobarda al periodista, lo vuelve demagógico y complaciente con su grey. Y el periodista que quiere el éxito siempre y en todo lugar no se atreve entonces a molestar a sus propios lectores u oyentes con hechos a contracorriente y verdades incómodas. Cuando uno le entrega a ese nuevo “monarca”, que es la audiencia, todo el poder, cuando uno vende su alma a su tribu, debe vivir bajo el yugo de esa dictadura, abrazar sus prejuicios, ceñirse a su único sentido y dejar de pensar. Y cuando deja de pensar se vuelve lo peor: cómplice, aburrido y faccioso. Quien para tener éxito entrega el prestigio, más temprano que tarde perderá el prestigio y también el éxito.

El periodismo está para descubrir, pero también para pensar. Y en momentos en que la democracia liberal vira hacia autocracias o a “democracias de extremo” con hegemonías tentativas, pensar es pensar contra las polarizaciones. Pensar y actuar sin dobles raseros, informando hasta lo que duele. Pensar para reconstruir la conversación pública, que está rota. Y sin conversación pública no hay democracia. Ahí el periodismo tiene una responsabilidad; si no la acepta puede ser muy dramático para todos: para los hombres de prensa, pero principalmente para los ciudadanos de a pie.

*Fragmento del discurso del autor en en el marco de la inauguración de la Conferencia Latinoamericana de Periodismo de Investigación (Colpin) y el 20º Congreso Internacional de Fopea, en Buenos Aires.

Gratitud y filosofía

◆ Por Jaime Nubiola
PARA LA GACETA - BARCELONA

El pasado 15 de marzo mis colegas de la *Society for the Advancement of American Philosophy* me entregaron en su reunión anual en Washington la distinción Herbert W. Schneider como reconocimiento a mi prolongada carrera en favor de una mejor comprensión de la filosofía norteamericana.

Me emocionó que el centenar de asistentes al banquete se levantaran para aplaudir cuando me entregaban el diploma. En el viaje de regreso pensaba en la gratitud que, como decía con palabras de Emily Dickinson en mi breve discurso de aceptación, «es el único secreto que no puede re-

velarse por sí mismo».

Verdaderamente estoy muy agradecido por la concesión de ese premio, que fue algo realmente inesperado, y que en cierto sentido —como me señalaba alguien muy querido— viene a significar la culminación de mi vida académica. Me venía a la cabeza que quizá una manera de corresponder podría ser compartiendo aquí algo de lo que decía en la parte central de mi discurso en la Howard University, traducido al español:

«En mi opinión, la transformación pragmatista de la filosofía analítica está relacionada con esa idea kantiana del filósofo como

un cierto ideal de maestro que busca promover los fines esenciales de la humanidad. Ese ideal lleva a concebir la filosofía como una forma de vida más que como una disciplina técnica y está relacionado con la idea de la responsabilidad de la filosofía y del filósofo en su actividad profesional.

No es una exageración afirmar que la razón está en peligro hoy en día. La razonabilidad no es el rasgo definitorio de nuestros políticos ni de nuestros líderes empresariales en todo el mundo, y a menudo parece estar ausente incluso en la práctica de nuestros colegas científicos. Como filósofos, que —en expresión de

Husserl— nos sentimos “funcionarios de la humanidad”, tenemos una gran responsabilidad con nuestros conciudadanos, como Sócrates con Atenas. Con nuestro trabajo no solo transmitimos conocimiento filosófico a las nuevas generaciones, sino que mantenemos viva la llama del pensamiento riguroso en libertad, la llama de ser plenamente humanos.

El año pasado, al recibir este premio, Vincent Colapietro nos instó a ‘ser el equivalente contemporáneo de las figuras hacia las que uno se siente más atraído; no simplemente bordar sus textos con nuestras anotaciones marginales’. La filo-

sofía no es —no puede ser— simplemente un ejercicio académico; es un instrumento para la reconstrucción progresiva, crítica y racional de la vida cotidiana. En un mundo donde la vida diaria a menudo está desconectada de un examen inteligente de uno mismo y de los frutos de la actividad humana, una filosofía que se separe de las preocupaciones genuinamente humanas sería un lujo que no podemos permitirnos”.

Hasta aquí las palabras finales de mi discurso. A menudo las palabras resultan pobres para expresar el agradecimiento, pero no por ello hay que dejar de decir las. La gratitud es algo profun-

damente humano. Los seres humanos nos cuidamos unos a otros y nos agradecemos unos a otros los cuidados. “La gratitud —leo en «Pequeña teología de la lentitud» (p. 62)— construye y reconstruye el mundo, dentro y fuera de nosotros”. El agradecer no solo agrada a aquellos a quienes se dirige nuestra gratitud, sino que también nos ayuda a nosotros a crecer por dentro al reconocer nuestra dependencia de los demás.

© LA GACETA

Jaime Nubiola - Profesor emérito de Filosofía en la Universidad de Navarra (jnubiola@unav.es).

Siglo XXI, cambalache

Indica la RAE acerca del vocablo cambalache que puede aparecer en dos sentidos principales: el primero, en alusión a un trueque o intercambio de cosas de poco valor.

Su segunda acepción implica un acuerdo o intercambio entre dos o más partes alcanzado de forma poco transparente. ¿Quién pudiera resistir la tentación de pensar en

la República Argentina al pronunciarla? No será este el caso, y a eso vamos...

◆ Por Fabián Gautero
PARA LA GACETA – TUCUMÁN

Cuando Enrique Santos Discépolo escribió la memorable letra de *Siglo XX, cambalache*, no habría sido capaz de imaginar el impacto cultural que tendrían ciertas estrofas que versan de la siguiente manera: «Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio, chorro, generoso, estafador ¡Todo es igual ¡Nada es mejor! Lo mismo un burro que un gran profesor». Mucho menos, que casi un siglo después su genio musical de cafetín, podría resultarles útil a cualquier analista político que pretendiera explicar la realidad nuestra de cada día.

Es que hoy nada tiene un claro sello de origen, las personas pueden reflejar las contradicciones más flagrantes sin sonrojarse siquiera. La coherencia del carácter personal aplicada a todo plano es algo del pasado, ni

falta hace fingir seriedades que no se poseen, tampoco sostener acciones que dieran cuenta de unas fuertes convicciones morales. Todo vale en el juego de la política, menos espantarse.

Sin dilema

Al hablar de las personalidades políticas y de sus múltiples máscaras, también debemos mentar a su contraparte ciudadana, sólo para ser justos en la ecuación. Lejos quedaron las discusiones acerca de un país con una fuerte matriz productiva, hoy el ciudadano está más interesado en consumir productos chinos o dólares norteamericanos que en sostener industrias que le permitieran construir el anhelado sueño de la soberanía económica. Se piensa más en vacacionar que en trabajar, en consumir películas y series que en leer sesudos libros que de-

mandarían demasiado tiempo y esfuerzo; cosa que escasea cuando de entretenimientos se trata, estos deben prolongarse eternamente, en la medida justa del deseo voraz que nos habita.

Tiempos de reformas

Lo nuevo viene de la mano de la tan temida reforma laboral. El actual presidente en ejercicio lo repitió hasta el hartazgo en su campaña, y eso parecía seducir al votante. La inflación y todos sus males se resolverían en tres pasos o generaciones. En primer lugar, reforma del Estado para bajar el gasto público y poder reducir los impuestos. Transformación del mercado laboral hacia adelante para darle flexibilidad y provocar la apertura de la economía. Luego de esto, se pasa a la segunda etapa, caracterizada por una modificación previsual sin la vulneración de

derechos y, finalmente, a la tercera que tiene como eje la transformación de los sistemas educativos y de salud, entre otras tantas que pueden ir apareciendo.

Dicho así, no debería asustar a nadie, pues es un menú de tres pasos. Para sentir el sabor por completo, o el crecimiento económico, hay que entregarse a la experiencia. Confiar en el proceso...

Al principio, el trueque

El mejor modo que encontramos los seres humanos para lidiar con los excedentes de producción fue trocarlos unos por otros. Eso cuentan los manuales más elementales acerca de la evolución económica, una vez que dejamos de andar cazando y recolectando azarosamente y pudimos establecer comunidades de asiento estable.

En la actualidad, disfrutamos de mercados prósperos y sumamente organizados para el intercambio de productos y servicios. Según el enfoque que abordemos, tendremos paraísos productivos o infiernos financieros. Y la cuestión del mercado es fundamental en los tiempos venideros, debido a que lo que cualquier persona de a pie imagina hoy por hoy al escuchar este vocablo, refiere al trueque de personas, lo que constituye la peor de las pesadillas.

Claro, así como en los mercados de antaño dónde se compraban y vendían esclavos, se prefiría el devenir de nuestras sociedades, en las que los humanos seremos trocados por robots o, directamente, recibiremos salarios miserables con tal de estar dentro de la dinámica de empleo registrado.

¿Todo, una porquería?

Llegados a este punto, el camino se bifurca en dos. Por un lado, tendremos el arduo y extenso recorrido que nos llevará al paraíso del consumo y -¿por qué no?- de la producción. Por el otro, el sinuoso sendero caracterizado por la timba financiera que nos deposita en el peor de los infiernos, una nueva crisis.

Como es un imperativo de estos tiempos no volver atrás ni para tomar impulso, usted decidirá qué camino tomar. Sólo tengase en cuenta, que el primero está indicado con un colorido cartel que dice: por aquí los optimistas, y, el otro, uno que se cae a pedazos, en el que apenas se lee: pesimistas sin remedio, por aquí.

© LA GACETA

Fabián Gautero, Psicólogo, Filósofo, escritor.